

PIEDRAS Y ESTRELLAS

Arqueología y astronomía en la obra de Antonio León y Gama 1735-1802

Juan Pimentel
CCHS, CSIC

“Sílabas compongan las estrellas”
Sor Juana Inés de la Cruz

"México es al tiempo un mundo de misterio y claridad”.

Alfonso Reyes

El tema del encuentro es el conocimiento en tránsito, ciencia y cultura entre dos mundos, es decir cómo afecta el espacio y el movimiento al conocimiento. Aquí hablaré sobre cómo se localizan ciertas cosas, cómo se fijan en el espacio y en el tiempo. Pero esto no significa que eludamos los desplazamientos: toda localización o relocalización exige un desplazamiento. En realidad el tránsito al que me voy a referir es el que se produce entre distintas disciplinas o áreas del saber. Transferencias, entonces, no sólo de cosas entre el Viejo y el Nuevo Mundo, sino principalmente entre disciplinas, entre ciencias que habitan en cierto modo hemisferios opuestos, la arqueología y la astronomía. Hay ciertos préstamos, intercambios y analogías –una serie de tránsitos y desplazamientos- que me gustaría poner sobre la mesa.

Localización

Todo comienza por una extraña localización, la de la ciudad de México en medio del lago de Texcoco. Como es sabido, la mitología azteca atribuye la decisión de fundar allí la antigua Tenochtitlán a la intervención de Huitzilopochtli, el dios mayor, identificado con el sol y la guerra. Al parecer, Huitzilopochtli se apareció en sueños al líder de los aztecas, un pueblo errante procedente de Aztlán, y le ordenó que se establecieran allí donde apareciera un águila posada sobre un nopal devorando una serpiente. Así ocurrió: al día siguiente el águila apareció junto al nopal con la serpiente en su pico. Estaba sobre un pequeño islote en mitad de las aguas. Fuera como fuese, lo cierto es que los *mexica* fundaron la antigua ciudad de Tenochtitlán cerca de 1325 sobre un terreno lacustre en medio de un valle espléndido, el valle de Anáhuac¹, que recibe su nombre en honor de los *nahuas*, la gran civilización mesoamericana de la que los aztecas formaban parte. Como es también muy conocido, los españoles fundaron México sobre las ruinas de esa ciudad y se establecieron en ese lecho lacustre.

Prestemos atención al agua, un elemento destacado en la vida de México-Tenochtitlán, un elemento dominante en ciertas visiones retrospectivas de la ciudad, retratada a menudo como una suerte de Venecia precolombina. El agua, precisamente trajo de cabeza a los españoles durante siglos, que tuvieron que luchar con los problemas de drenaje y de higiene, de obras públicas y de comunicación a lo largo de

¹ En nahua, “rodeado de aguas”, precisamente.

toda la colonia. Precisamente los problemas de drenaje estuvieron relacionados con los descubrimientos arqueológicos que nos ocupan.

El segundo conde de Revillagigedo, virrey de Nueva España en la época de la Revolución francesa, según reza el tópicico, fue el clásico gobernante comprometido con las obras públicas. Reformó la ciudad, construyó palacios, pavimentó las calles. En 1790, cuando se estaba removiendo el empedrado del zócalo y sus calles adyacentes para pavimentar y drenar el suelo, surgieron de las profundidades dos esculturas que no tardaron en cautivar la atención de las autoridades, los eruditos y el público en general.

Son la *Coatlicue* y la *Piedra del Sol*, dos de las más famosas piezas arqueológicas de las culturas precolombinas. Fueron halladas cerca de donde casi dos siglos después se exhumaron los restos del Templo Mayor. Ambas fueron expuestas al público (una en la universidad, la otra en la misma plaza). Su irrupción agitó la vida cultural del momento y motivó una serie de polémicas e interpretaciones entre las que destaca el estudio de León y Gama, la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del empedrado que se está formando en la plaza Principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*², uno de los textos fundacionales de la arqueología mexicana.

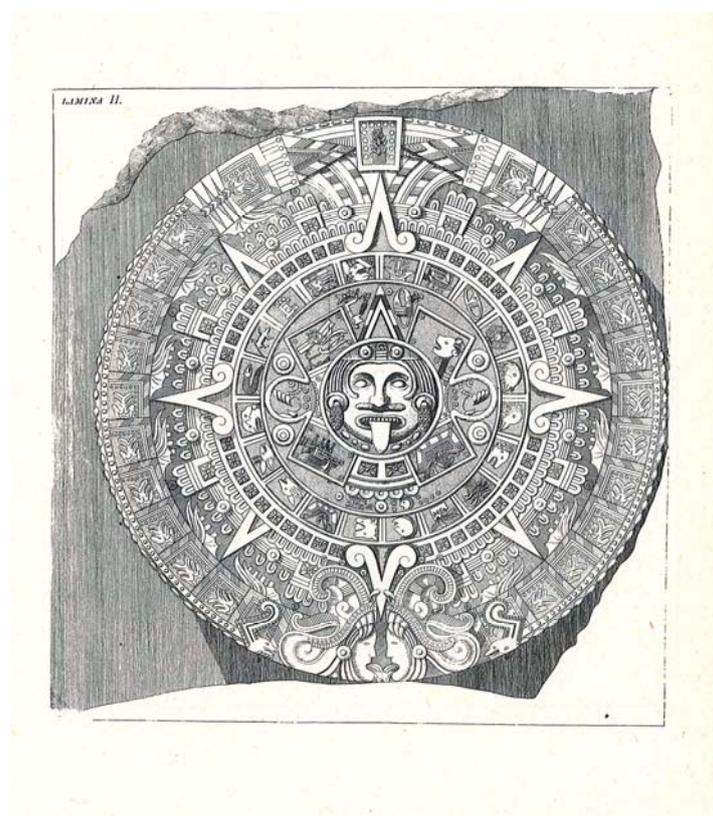


Fig. 1. Piedra del Sol. Grabado en Antonio León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...* 1792.

² Este trabajo, publicado originalmente en México, 1790, fue seguido por una segunda parte que permaneció inédita hasta que la publicó junto a la primera Carlos María Bustamante en 1832. Hay varias ediciones actuales que incluyen las dos partes partes: Antonio León y Gama, *Descripción Histórica y Cronológica y cronológica de las dos piedras*, México: Miguel Ángel Porrúa, 1978; y México: INAH, 1990.

Antonio León y Gama (1735-1802) es una de esas figuras maravillosas que contiene la historia de la ciencia en la Ilustración. Autodidacta, diletante, constructor de instrumentos, notable matemático y sobresaliente astrónomo, llevó su infatigable curiosidad hacia los más diversos asuntos. Escribió, por ejemplo, una disertación físico-matemática sobre las auroras boreales, para combatir las creencias populares sobre su carácter milagroso o sobrenatural. E incluso una instrucción sobre los remedios de las lagartijas, a las que la tradición autóctona asignaba poderes terapéuticos para combatir el cáncer³.

Como astrónomo, había colaborado con Velázquez de León en las observaciones de 1769 dirigidas por Chappe d'Auteroche en la península de California para medir el paso de Venus por el disco solar, unas operaciones encaminadas a medir el paralaje solar (la distancia entre la Tierra y el Sol)⁴.

También había estudiado el eclipse del 6 de noviembre de 1771 en la ciudad de México. Mantuvo entonces correspondencia con Josep Lalande, necesitado de corresponsales en todo el mundo, expertos que le enviaran información. Lalande le pidió que le enviara datos sobre la hora y la altura de las mareas en la costa del Pacífico desde Acapulco a Valparaíso. Estaba en juego el posicionamiento correcto del litoral americano, objeto de informaciones contradictorias y errores de bulto en una cuestión relacionada con el cálculo de longitudes. Como es sabido, la longitud había sido un problema centenario en la historia de la geografía.

Este problema comprometía el lugar que ocupaba América respecto a Europa. No estaba clara la distancia que había entre el Viejo y el Nuevo Mundo. La posición de la ciudad de México había sido fuente de constantes disputas para los astrónomos, geógrafos y cartógrafos desde el siglo XVI. La localización de México es una de esas polémicas que atraviesan toda la historia de la colonia⁵.

³ Nuestro personaje ha merecido la atención de la historia de la ciencia y la arqueología mexicanas, aunque carece de la monografía sistemática que merece. Uno de los trabajos pioneros fue Carlos R. Margáin, "Don Antonio León y Gama (1735-1802). El primer arqueólogo mexicano. Análisis de su vida y obra", en *Memorias del primer coloquio mexicano de Historia de la ciencia*, México: SMHN, 1964, pp. 149-185. Roberto Moreno de los Arcos, uno de los más destacados historiadores de la ciencia mexicanos, le ha dedicado numerosos trabajos: "Ensayo biobibliográfico de León y Gama", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, enero-junio, II-1, 1970, pp. 43-137; del mismo autor, "Antonio de León y Gama, 1735-1802", en Roberto Moreno de los Arcos, *Ensayos de la historia de la ciencia y la tecnología en México*, México: UNAM, 1986, pp. 73-111. También Elías Trabulse, Antonio de León y Gama, astrónomo novohispano", en Elías Trabulse, *El círculo roto*, México: FCE, 1984, pp. 130-153. Recientemente Miruna Achim ha estudiado su *Instrucción sobre el remedio de las lagartijas* (1782) y las polémicas medicinales que lo enmarcan. Achim ha preparado una edición del texto que incluye un prolongado estudio preliminar, actualmente en prensa. Un avance de ello, Miruna Achim, "Making lizards into drugs: the debates on the medical uses of reptiles in late Eighteenth-Century Mexico", *Journal of Spanish Cultural Studies*, Vol. 8. 2, July 2007, pp. 169-191.

⁴ Este fenómeno ocurrió el 3 de junio de 1769 y fue observado en más de 100 puntos de la Tierra simultáneamente, entre ellos la isla de Tahití, donde James Cook había llegado en su primer viaje alrededor del mundo. Sobre la observación en la Baja California, Salvador Bernabéu, *La huella de Venus. El viaje a Nueva España de Chappe d'Auteroche (1767-1768)*, México: Breve Fondo Editorial, 1998.

⁵ José Sala, "La localización de la capital de Nueva España como problema científico y tecnológico", *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología*,

En junio de 1778 León y Gama observó otro eclipse solar en la ciudad de México y compuso su trabajo más conocido, la *Descripción Ortographica Universal del eclipse de sol del 24 de junio de 1778*. En él modificaba la posición del valle de México respecto a las mediciones al uso en Europa, situándolo unos cuantos grados más al Este⁶. Asignó para la ciudad de México una longitud de 6h 45' 49'', respecto a París, un cálculo de gran precisión⁷,

Así pues, León y Gama, de haber tenido un oficio científico, que de hecho no lo tuvo nunca, era la astronomía⁸. No era arqueólogo, anticuario, ni historiador. Era un observador de eclipses y otros fenómenos celestes. Su tarea científica más destacada consistió en situar correctamente México en el mapa, corregir el error que desde las tempranas cartas del siglo XVI (Juan de la Cosa, Waldseemüller, Apiano) había pasado a los mapamundis de Mercator y Ortelius y desde ahí a toda la cartografía posterior.

La tarea consistía pues en resituar (relocate) México en el mapa, una labor astronómica y cartográfica que no estaba resuelta a finales de siglo. El globo terráqueo no estaba enteramente geometrizado y fijado. Así que la cuestión historiográfica de cómo resituar (relocating) la ciencia moderna, como reza el título del libro de Kapil Raj⁹, en este caso comenzó por la cuestión más perentoria de cómo colocar América y México en el mapa. Cómo encajar el Nuevo y el Viejo Mundo.

Es interesante fijarse en el título del trabajo de León y Gama de 1778, *Descripción ortographica*, es decir, una *escritura correcta*, lo que recuerda el significado de la propia palabra geografía: escritura, representación de la Tierra¹⁰. Los trabajos astronómicos de León y Gama estaban dirigidos a inscribir correctamente a México en el mapa.

Pues bien, lo que hizo León y Gama en su estudio sobre las dos piedras fue lo mismo, pero en un sentido histórico, temporal. Ahora se trataba de ubicar o escribir el mundo *mexica* en una narrativa temporal, de levantar una nueva historiografía. Como tituló Jorge Cañizares su libro, la cuestión a finales del siglo XVIII radicaba en “cómo escribir la historia del Nuevo Mundo”, un problema de variados significados políticos pero de profunda naturaleza epistemológica¹¹. Se trataba de rescatar el pasado, los

México, vol. 3, n. 3, septiembre-diciembre 1986, págs. 279-297 (reproducido en Antonio Lafuente y José Sala, *Ciencia colonial en América*, Madrid: Alianza Editorial, 1992, págs. 143-161)

⁶ Trabulsee (1984), p. 132.

⁷ prácticamente el mismo que había efectuado en 1638 otro oscuro astrónomo novohispano, Fray Diego Rodríguez.

⁸ Nuestro personaje trabajó en la administración toda su vida. Según Manuel Antonio Valdés, su primer biógrafo, debió contar con una familia extensa a la que debía alimentar, un juicio no muy preciso pero elocuente: podemos imaginar lo extensa que era su prole para que un coetáneo suyo lo subrayara. Manuel Antonio Valdés, “Elogio histórico de Don Antonio León y Gama”, *Gaceta de México*, XI, 20, 1802, pp. 158-164; también reproducido en Trabulsee (1984), pp. 154-164.

⁹ Kapil Raj, Kapil Raj, *Relocating Modern Science: Circulation and the Construction of Knowledge in South Asia and Europe, 1650–1900*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2007.

¹⁰ La denominación procede del tipo de representación empleada por León y Gama, una *proyección ortographica universal*.

¹¹ Jorge Cañizares, *How to write the History of the New World. Historiographies, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford University

conocimientos y las creencias de la cultura azteca para encajar también el Viejo y el Nuevo Mundo, ubicando el segundo en una posición digna, equivalente o incluso inequívocamente central.

Para entender el propósito de la incursión arqueológica de León y Gama hay que tener presente lo que Antonello Gerbi bautizó como la polémica del Nuevo Mundo, todo ese caudal de relatos históricos, historias naturales y literatura de viajes que colocaban al Nuevo Mundo en inferioridad respecto al Viejo. Buffon, Cornelius De Pauw, Robertson y Raynal encabezaron la larga lista de autores que formaron la idea de una América impúber o degenerada, un continente demasiado nuevo o envejecido prematuramente, víctima de un diluvio mayor o incluso de dos, un territorio donde hasta los leones carecían de pelo y fiereza (los pumas), exento de grandes cuadrúpedos, infestado de reptiles y donde por descontado sus habitantes carecían de cualidades intelectuales y morales¹². Desde la férrea perspectiva del progreso y las Luces, los americanos ocupaban un espacio que habitaba entre la barbarie, la infancia y el atraso. Unido esto a la leyenda negra, no resulta difícil entender el puesto que ocupaban los criollos, los españoles americanos, cuyos méritos científicos o culturales pasaron muy a menudo desapercibidos a los ojos de los escritores del Norte de Europa.

Se trataba en definitiva de resituar el lugar que México debía ocupar en el espacio y en el tiempo, en los mapas y en las historias filosóficas de la Ilustración, ambas *big pictures* de pretensiones universales. La *Descripción de las dos piedras* de Antonio León y Gama está orientada a reivindicar los conocimientos astronómicos de los antiguos aztecas y también la de quienes comenzaban a considerarse sus sucesores, los criollos, los españoles americanos. Es un problema de localización o de ubicación, pero también de otro atributo relacionado con la observación o la visualización de un fenómeno. Estamos ante un asunto vinculado a la visibilidad: la de un sujeto histórico inédito, emergente en esas fechas y que se materializa en esas dos esculturas colosales en las que se funden pasado y futuro de una nación.

Visibilidad

Es sintomático que Humboldt anotara en su *Ensayo político sobre la Nueva España* un comentario destinado a perdurar. Contemplando el valle de Anáhuac, afirmó haber llegado a “la región más transparente del aire”¹³. La fórmula, como Ustedes

Press, 2001. Su autor le dedica un largo capítulo al caso de las dos piedras y analiza, entre otras cosas, la polémica que mantuvieron León y Gama y José Antonio Alzate, otro científico criollo notable, naturalista, periodista y hombre de gran presencia pública. Alzate le reprochó a León y Gama no haber dado con la clave para interpretar los jeroglíficos amerindios. A este segundo, sin embargo, Alzate le parecía un aficionado en temas de astronomía y antigüedades. Ambos arrastraban una vieja enemistad. Cañizares tiende a rebajar la importancia de sus diferencias en la polémica sobre las dos piedras, pues ambos, en su opinión, representan “la nueva epistemología patriótica” (pp. 268-312)

¹² Nos referimos al clásico Antonello, Gerbi, *The Dispute of the New World: The History of a Polemic, 1750-1900*, University of Pittsburgh Press, 1973. Este libro fue publicado originalmente en italiano en 1955. Junto con *La invención de América* (1958) de Edmundo O’Gorman, cambiaron la historiografía americanista del periodo y trasladaron los debates desde la estadísticas y el comercio a una profunda revisión de la historia del “descubrimiento de América”, en adelante contemplado como un lento proceso que se prolongaba en el tiempo, un fenómeno complejo de hondas repercusiones culturales y de escala planetaria.

¹³ La fórmula la recogió luego Alfonso Reyes (1889-1959), poeta y escritor mexicano que Borges consideró “el mejor prosista de habla hispana de todos los tiempos”. El ensayo de

saben, la recogió Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac* (1917), y la retomó Carlos Fuentes en *La región más transparente* (1958), cuyo protagonista colectivo es el pueblo mexicano, abatido entre el continuo regreso del pasado prehispánico –que emerge una y otra vez del subsuelo- y su incapacidad para afrontar la modernidad.

Podemos convenir en que la transparencia es una cualidad del aire apreciada por los astrónomos, pues permite y facilita las observaciones. Los arqueólogos, sin embargo, deben luchar contra la opacidad de la tierra, que oculta el pasado. La tarea del arqueólogo o del historiador consiste en extraer hechos u objetos ocultos por la tierra y el tiempo. Su ilusión es darles visibilidad y sentido.

Por seguir con la analogía, también los científicos y en general cualquier oficio relacionado con el conocimiento (los historiadores, por ejemplo) buscan algo de esto. Precisan reconocimiento, legitimidad, que sus prácticas sean visibles. Es decir y por expresar la metáfora, tratan de que ni ellos ni sus hallazgos sean transparentes, invisibles. Los científicos trabajan para que sus objetos de estudio y también sus prácticas de conocimiento, su propia actividad científica, emerjan a la superficie, para que puedan aflorar a la luz.

La obra de León y Gama está marcada por esta doble exigencia: localización y visibilidad. Localizar con precisión los cuerpos celestes, la ciudad de México o el pasado azteca y hacerlos visibles. Pero también quiso él mismo hacerse visible, como parte de una comunidad criolla un tanto translúcida para la gran república de las letras. Ciertamente, ni Joseph Lalande ni tampoco Humboldt tuvieron demasiada consideración con León y Gama y otros astrónomos locales. Este es el intercambio desigual que suele regir las relaciones científicas en los contextos imperiales, entre centros y periferias. Unos recogen y dan información a los otros, de quienes esperan reconocimiento, legitimidad, visibilidad. A veces, los segundos olvidan la segunda parte del trato. La división internacional del trabajo funciona así.

Pero digamos algo ya de las dos piedras, la Coatlicue y la Piedra del Sol. Cuando emergieron del zócalo, el problema más que la invisibilidad, fue la opacidad y la legibilidad. No sólo el crédito que merecían como documentos históricos, como ha señalado Cañizares, sino la propia dificultad a la hora de interpretarlas. ¿Qué eran? ¿Qué significaban? ¿Podían ser considerados objetos artísticos o fuentes fidedignas para interpretar el pasado?

La Piedra del Sol presentaba figuras semejantes a los de otras fuentes y códices. Los pictogramas, logogramas y jeroglíficos indígenas constituían una escritura extraordinariamente compleja, difícil de descifrar¹⁴. Siempre fue complicado leer los códices. Nunca hubo consenso sobre su significado, incluso hoy son objeto de distintas interpretaciones. Así que el problema no sólo era la credibilidad de tales testimonios, sino su simple lectura. Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo, por tanto, pasaba

Reyes donde retomó la expresión de Humboldt se titula *Visión de Anáhuac* (1917). Más tarde la volvió a recoger Carlos Fuentes, otro de los grandes escritores mexicanos, en su novela titulada precisamente *La región más transparente* (1958), cuyo protagonista colectivo es el pueblo mexicano,

¹⁴ Lorenzo Boturini (1702-1753), que pasó la vida reuniendo y trabajando estos materiales, afirmó que moría sin haber logrado entender por completo su sistema de escritura, un juicio reiterado por el propio Moreno de los Arcos, seguramente el historiador que más ha sabido y escrito sobre Antonio León y Gama.

por la cuestión perentoria de cómo traducir e interpretar las historias indígenas del Nuevo Mundo.

En el “discurso preliminar” de la *Descripción histórica*, León y Gama señala que ni siquiera las relaciones indígenas manuscritas y las crónicas hispanas que él consideraba fiables, concordaban entre sí¹⁵. Su objetivo era descifrarlas y hacerlas converger, apoyándose en el intrincado sistema pictográfico que ofrecía la Piedra del Sol. En la base de todo el problema estaba el uso de diferentes cronologías y calendarios. El mismo hecho (la caída de Tenochtitlán, el ejemplo clásico) variaba de unas fuentes a otras. Los problemas hermenéuticos se remontaban a cómo se habían traducido y copiado documentos de unas generaciones a otras y que tomaban por idénticos sistemas de cómputo del tiempo que no lo eran. Los antiguos pueblos mesoamericanos manejaban calendarios diversos, un problema agravado cuando los europeos quisieron aplicar un modelo lineal a partir de unas ruedas caléndricas que no tenían ni principio ni final¹⁶. Convertir el tiempo cíclico en un tiempo lineal suponía algo así como la cuadratura del círculo.

La piedra del sol puede ser entendida como el Zodiaco de Dendera de la cultura azteca. No en vano, mucho antes de que la campaña de Napoleón se llevara la famosa pieza a París (1798) los jeroglíficos y pictogramas aztecas ya habían sido comparados con los egipcios. Pero mientras que Athanasius Kircher, por ejemplo, había colocado la escritura azteca por debajo de la egipcia, ahora, a finales del siglo XVIII, se comenzó a barajar la posibilidad de que quizás la antigua sabiduría –la *prisca philosophia*– podía venir también de Occidente y no sólo de Oriente. Fueron los criollos quienes asimilaron sus ruinas y restos arqueológicos a las esculturas y piezas de la cultura greco-latina o la egipcia, una homologación del pasado cuya lectura política no iba a tardar en ser puesta sobre la mesa¹⁷.

Hoy día la piedra del Sol ocupa un lugar central en la sala de la cultura mexicana en el Museo Nacional de Antropología. Es todo un icono de las raíces aztecas de la nación mexicana. León y Gama la empleó para organizar un complejo modelo de interpretación sobre el cómputo del tiempo en la cultura azteca. Demostrando los grandes conocimientos astronómicos de los aztecas, contestaba las afrentas sobre la inferioridad americana en el pasado y legitimaba las aptitudes de los criollos en el presente. Poco importa aquí que muchas de sus ideas no fueran validadas posteriormente, pues sobra decir que todas las ideas científicas tienen fecha de caducidad.

Lo importante es observar cómo intentó aplicar una metodología científica para construir un relato de tintes reivindicativos y patrióticos. León y Gama tuvo la feliz idea de aplicar los fenómenos astronómicos, los hechos naturales, para hacer converger las

¹⁵ Entre las primeras están las relaciones de Cristóbal del Castillo, Fernando de Alvarado Tezozomoc y Domingo Chimalpain. Entre las segundas menciona a López de Gomara, Francisco Hernández y Juan de Torquemada.

¹⁶ Tomó esta idea del historiador, abogado, coleccionista y especialista en culturas precolombinas, Mariano Echeverría y Veytia (1718-1780), un autor influido por Giambattista Vico, como Lorenzo Boturini y otros expertos en este tipo de temas. Cañizares (2001), p. 456.

¹⁷ Como en tantos otros aspectos, la pieza maestra en este sentido fue la *Storia antica del Messico* (1780) del jesuita Francisco Javier Clavijero, una obra que despliega todo tipo de analogías entre la antigüedad mesoamericana y la europea.

distintas cronologías y cálculos del tiempo¹⁸. A su juicio, mientras que los hechos sociales (una guerra, la fundación de una ciudad) podían ser controvertidos, su atribución podía estar sometida a las contingencias de la opinión, la credibilidad o el testimonio, un eclipse o el paso de un cometa eran hechos universales. Todos los pueblos los habían observado al mismo tiempo. Todos los habían registrado. Los fenómenos celestes podían servir como clave para unificar las diversas cronologías:

“Si todos los sucesos históricos pudieran compararse con fenómenos celestes, no se hallaría tanta variedad en las historias”¹⁹.

Los eclipses y los fenómenos celestes eran la llave para fundir las distintas narrativas históricas, algo así como los meridianos para medir y ordenar el pasado. La naturaleza como sustrato común de la humanidad:

Pero digamos algo de la otra piedra, para acabar. La Coatlicue es un megalito soberbio que desde su rescate despertó tantas lecturas como la Piedra del Sol y más misterio aún si cabe. La fascinación rondó la devoción de unos y el espanto en otros. Su carácter monstruoso y terrorífico fue muy comentado y de hecho su estética ha dado pie a monografías como la de Justino Fernández, uno de los grandes historiadores del arte mexicano²⁰.

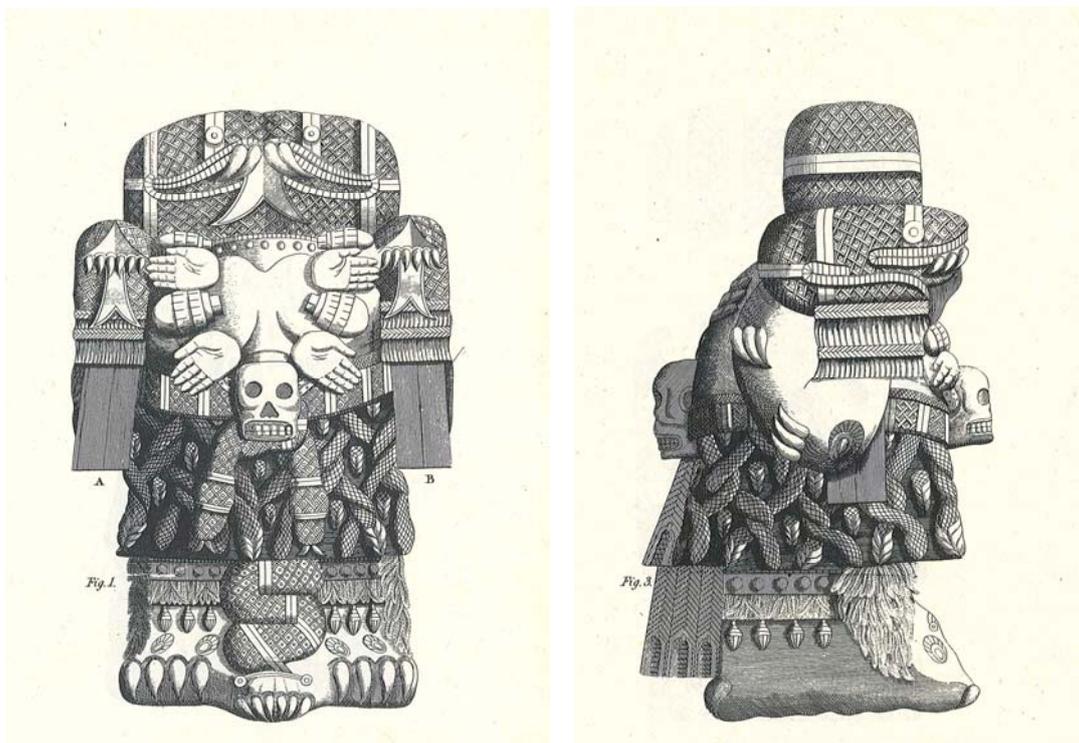


Fig. 2. Coatlicue, vista frontal. (izquierda) y **Fig. 3.** Coatlicue, vista de perfil (derecha). Grabados en Leon y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...* 1792.

¹⁸ La idea no era enteramente nueva. According to Anthony Grafton, Joseph Scaliger (1540-1609) can be seen as the founder of this technical chronology. See Anthony Grafton, “Some Uses of Eclipses in Early Modern Chronology”, *Journal of the History of Ideas*, 64.2 (2003), 213-229.

¹⁹ *Descripción histórica*, 1ª parte, p. 89.

²⁰ Justino Fernández, *Coatlicue. Estética del arte indígena antiguo*, México: UNAM, 1954.

Como entendió León Gama rápidamente, más que una deidad, la escultura representa una imagen compuesta de varias dioses y figuras. Predominan en todo caso los rasgos de la diosa Coatlicue, la de las faldas de serpiente, la madre de Huitzilopochtli, precisamente, el dios guerrero principal de los aztecas, el que auspició la fundación de Tenochtitlán.

Es una gran coincidencia que la Coatlicue, una escultura asociada a la guerra, a la muerte y a la regeneración de la vida, fuera desenterrada el mismo 13 de agosto de 1790, el aniversario de la caída de Tenochtitlán. Pero no lo es que pronto causara tanta expectación entre la población india. Al parecer la muchedumbre se agolpaba en el patio de la Universidad Pontificia, donde estuvo expuesta. Lo hacía con tanto fervor que las autoridades acabaron por esconderla por temor a estar promoviendo cultos supersticiosos. Esto ocurrió en los primeros años del siglo XIX, cuando la revolución era algo ya previsible en el horizonte.

Tampoco fue casual el papel que ejerció la Coatlicue dentro de la *Clave general de los jeroglíficos americanos* (1792) de José Ignacio Borunda, un personaje que a su vez inspiró un famoso sermón de Fray Servando Teresa de Mier, uno de los padres de la Independencia²¹. Pero esta es otra historia ya, la de cómo fueron elevadas a los mismos altares del panteón mexicano las dos madres por antonomasia, la Virgen de Guadalupe y la Coatlicue. Leídas ambas con interferencias la una de la otra, tal y como se identificó a Quetzalcóatl con Santo Tomás, lo cierto es que México había inventado una tradición propia en la que se fundían las dos culturas en otra tercera, nueva, sincrética, capaz de amalgamar piedras y estrellas, de colonizar el pasado y conquistar el futuro.

No demasiado lejos del zócalo, en Tlatelolco, donde cayó derrotado el ejército de Moctezuma y donde al poco se fundó el Colegio de Santa Cruz que inauguró esa tercera cultura, en la llamada precisamente Plaza de las Tres culturas, reza una placa conmemorativa:

“El 13 de agosto de 1521, heroicamente defendido por Cuauhtemoc cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo ni derrota. Fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy”.

²¹ El sermón fue el 12 dic. 1794, cuestionando que los españoles hubieran evangelizado paganos. Cañizares (2001), pp. 309-312. Para Servando Teresa de Mier, Quetzalcóatl y la Guadalupeana, David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México: Ediciones Era, 1980.